

El mercado ineluctable: falacias de la ideología neoliberal

The Ineluctable Market: The Fallacies of Neoliberal Ideology

Luca Marsi

Université Paris Nanterre

<http://orcid.org/0000-0001-5685-648X>

lmarsi@parisnanterre.fr

Recibido: 29-03-2017; Revisado: 08-06-2017; Aceptado: 05-07-2017

Resumen

Según la microeconomía ortodoxa, el mercado de competencia perfecta es un mecanismo de autorregulación de las relaciones económicas que, más allá de las voluntades individuales, asigna de manera óptima los recursos. Mercado y competencia no serían solamente una forma de organización social «natural», y por ende ineludible, sino también un modelo deseable, ya que permiten maximizar el «bienestar social». A pesar de sus fallos, el mercado sería entonces la única solución salvífica y posible. El presente artículo se propone reflexionar sobre las falacias de este «discurso», del que se ha ido nutriendo el capitalismo neoliberal durante las últimas tres décadas.

Palabras clave: Mercado, libre competencia, capitalismo, neoliberalismo, ideología.

Abstract

According to mainstream microeconomics, a perfectly competitive market automatically leads to self-regulation among economic agents and to the optimal allocation of resources. Not only are competition and the market considered to be “natural” and therefore ineluctable social mechanisms, but they are also desirable models, as they maximize “social welfare”. Despite its flaws, the market is therefore the only healthy and possible solution. The present article reflects on the fallacies of this “discourse” and its nourishment of neoliberal capitalist ideology over the last three decades.

Keywords: Market, Free Competition, Capitalism, Neoliberalism, Ideology.

1. EL «POSITIVISMO» DEL ECONOMISTA

Quien empiece a estudiar economía suele aprender que es una ciencia social, en la que son posibles dos enfoques distintos: el positivo y el normativo. El primero se propone observar y describir los fenómenos económicos tales como son. Por ejemplo, se afirma que un aumento de X% del precio de un bien determinado genera una disminución de Y% de la demanda del mismo bien. Al igual que

un biólogo, observando cómo una variación del consumo de carbón determina un cambio de la temperatura atmosférica, el economista nos dice «qué pasa» en determinadas situaciones. Basadas en la evidencia empírica, sus observaciones se pueden comprobar y eventualmente invalidar. El enfoque normativo, en cambio, se expresa a través de juicios de valor y conduce al economista a decir «qué debería pasar». Por ejemplo, sería oportuno bajar el precio de los fármacos para favorecer a los consumidores más pobres. Este tipo de afirmación no se comprueba; no es un hecho, sino una opinión que se puede compartir o no.

Ahora bien, los manuales de economía suelen enseñar que la primera (y primaria) tarea del economista consiste en producir afirmaciones positivas que sean compatibles con lo observable en el mundo económico: medir los hechos, construir modelos y comprobar las teorías (PARKIN et al., 1997). Por supuesto, los economistas pueden expresar opiniones personales y divergentes, pero al fin y al cabo los alumnos aprenden que fijar objetivos no forma parte de la investigación científica, sino de la ética y la política: al electorado es a quien le toca decidir. Al economista le corresponde solamente indicar los costes de cada opción y dejar la decisión final a los políticos (SAMUELSON, 1980).

Envuelta en un aura de neutralidad positivista, la economía sube al rango de una ciencia, que —como se sabe— se subdivide en las dos ramas de la macro y la microeconomía. La primera estudia los grandes agregados de un sistema económico y sus relaciones: la inflación, el nivel total de la producción, el empleo, los ingresos, etc. La segunda, que más nos interesa para los fines de nuestra reflexión, estudia cómo se comportan los agentes económicos individuales (productores, consumidores, inversores, trabajadores) y cómo se relacionan entre ellos en los mercados. Así, el alumno va aprendiendo progresivamente cómo y por qué en un mercado de competencia pura y perfecta, contrariamente a otros mercados como el monopolio o el oligopolio, se logra una situación de equilibrio que garantiza la máxima utilidad para la sociedad en su conjunto.¹ En otros términos, si todos los mercados de un sistema económico funcionaran bajo el régimen de la competencia perfecta, se asignarían los recursos entre los agentes individuales de forma óptima y con la máxima eficiencia. Es decir, los recursos serían repartidos de tal manera que no se podría aumentar el beneficio de un agente individual sin perjudicar a otro (óptimo de Pareto). Mientras se pueda aumentar el beneficio de un agente sin modificar el de los otros, no hay reparto óptimo y es posible alcanzar un nivel de eficiencia más elevado. El punto óptimo y de máxima eficiencia se logra justamente bajo la condición de que todos los mercados sean perfectamente competitivos.

Las herramientas analíticas para demostrarlo, como la «caja de Edgeworth» y las teorías de la economía del bienestar, son muy complejas y dejamos al lector que lo desee la tarea de estudiarlas en cualquier manual de microeconomía (por ejemplo, MANSFIELD, 1975).² Lo que nos interesa, aquí, es el alcance del tipo de

1 Muy sintéticamente puede decirse que la competencia perfecta se da en un mercado de un producto homogéneo donde intervienen numerosos consumidores y productores, cada uno de los cuales no es bastante poderoso como para fijar el precio del producto. El lector puede acceder al manual *Economía*, de P. Samuelson y W. Nordhaus, en el enlace <https://fr.scribd.com/doc/117683873/Economia-Paul-Samuelson> (consulta: 29-03-2017).

2 La caja de Edgeworth (economista británico, 1845-1926) es un modelo que muestra la relación posible entre los equilibrios logrados en los mercados competitivos, por un lado, y las asignaciones óptimas de recursos, por otro.

afirmaciones arriba mencionadas. Contrariamente a las apariencias, el lenguaje no es nada neutro e imparcial. Los términos óptimo y eficiente, por ejemplo, aunque empleados desde una perspectiva económica y no ética, se perciben fácilmente en una óptica que trasciende la visión técnica para convertirse, en la mente del estudiante, en juicios de valor. El alumno de ciencias económicas y empresariales que fui, se quedó durante muchos años con la convicción de que mercado y competencia fueran beneficiosos para la comunidad, lo cual no es sorprendente cuando se aprende a asociar explícitamente la competencia mercantil con el «bienestar social». Poco importa que las condiciones teóricas bajo las que se da un mercado perfectamente competitivo sean irrealizables en la práctica. Poco importa que el microeconomista advierta que, en dichas condiciones, se puede conseguir el reparto más eficiente sin tener en cuenta las eventuales desigualdades que podrían resultar de la distribución de los recursos. Porque el economista nos dice que, si algunos agentes pueden obtener más y otros menos, el problema debe resolverlo el político y eventualmente la negociación entre los agentes en función de su propio poder contractual. El economista se limita a dibujar un diagrama con las «curvas de contrato» donde se encuentran todos los puntos posibles para una asignación óptima, o sea Pareto-eficiente, tanto de los bienes de consumo como de los factores de producción. La elección de un punto o de otro dependerá del gobierno (cualquier que sea, democrático o dictatorial) y/o de las capacidades de cada actor para que se elija el reparto que a él más le conviene. De ahí, precisamente, la idea de una curva de «contrato». El economista no se compromete, pero sí emplea un lenguaje y conceptos que pueden influenciar la mente y la orientación política del alumno, cuyas preferencias se dirigirán más fácilmente hacia un programa político liberal: un programa según el que la sociedad se transforma en un entramado de relaciones contractuales entre los individuos.

2. DETERMINISMO MECANICISTA

Cabe preguntarse, entonces, si el enfoque pretendidamente positivo del economista no acaba convirtiéndose de hecho en una postura normativa que indica subrepticamente lo que debería hacerse. La ciencia económica nos empuja de alguna manera a percibir el mercado y la competencia como principios benéficos para la organización social, lo que implica automáticamente el carácter benéfico del principio de la propiedad privada de los medios de producción. Si hay mercado, es porque los frutos del trabajo social (bienes y servicios) pertenecen individualmente a quienes los producen, debido a que estos últimos son propietarios de los medios empleados para fabricarlos. Bajo este tipo de organización social, el intercambio es entonces el único modo para repartir la riqueza en la colectividad: si produzco calzados y necesito leche, tengo que intercambiar unos por otra. Así se crea e institucionaliza el mercado, los frutos del trabajo se convierten automáticamente en mercancías, y los productores de un mismo bien en competidores.

Pero la narración microeconómica no se limita a conferir una connotación positiva al mercado, sino que va más lejos aún: mercado y competencia tienden a (re)producir natural y constantemente el equilibrio hacia el cual se dirigen, como por efecto de una fuerza de inercia. En un mercado perfectamente competitivo hay una infinidad de productores y compradores operando de tal forma que

oferta y demanda se encuentran mecánicamente en un punto de equilibrio. Bajo la acción de su célebre mano invisible, los microagentes del mercado obedecen a la ley del precio igual que las agujas de un reloj a sus engranajes internos. Mecanicidad, repetitividad, equilibrio final y general. Como lo explica cabalmente el economista francés René Passet, sí nos movemos, pero para llegar finalmente a la inmutabilidad, sin evolución alguna del sistema, como astros dentro de su órbita:

La economía neoclásica nos presenta como una evidencia el esquema de un equilibrio atemporal e indefinidamente reproducido en el mercado. La tesis del fin de la historia de Fukuyama ilustra exactamente esta posición: las sociedades humanas, tras haber alcanzado por fin el término único hacia el cual se dirigía su evolución, no pueden sino atenerse a este último (PASSET, 2000: 60).³

La alusión al tristemente célebre fin de la Historia es instintiva. Eliminemos los obstáculos susceptibles de trabar las fuerzas del mercado y se acabarán elucubraciones y peleas sobre cómo organizar la sociedad. El equilibrio atemporal de la competencia perfecta es el triunfo de lo apolítico: sólo quedarán cuestiones técnicas que solucionará el arte de la administración empresarial. La eficiencia del positivismo microeconómico no se convierte solamente en un sistema modélico, sino que se presenta también como el efecto de procesos mecánicos, repetitivos, perennes.

René Passet lleva toda la razón al preguntarse dónde fue a parar, entonces, la tan enfatizada libre iniciativa del *homo oeconomicus*. Si el individuo se mueve al igual que el engranaje de un reloj, ¿dónde está su libertad? Paradójicamente, el agente económico deja de ser un actor de la historia, ya que ésta nos lleva ineluctablemente hacia la óptima asignación de los recursos, hacia el equilibrio general (lo bueno), en un perpetuo movimiento mecánico. Es el milagro de una dinámica... estática, indisolublemente vinculada con un enfoque analítico pretendidamente neutro y desinteresado.

3. RELACIONES DE FUERZAS OCULTAS (O MÁS BIEN, OCULTADAS)

La atemporalidad mecanicista de la economía convencional se explica por su carácter ontológicamente clasista: en la medida en que es burguesa, ésta «considera el orden capitalista no como fase de desarrollo históricamente transitoria, sino, a la inversa, como figura definitiva y absoluta de la producción social» (MARX, 1873). Como lo señala Marx, el problema consiste precisamente en que, en todo modo de producción fundado en una división de la sociedad en clases, las ideas dominantes son las de la clase dominante (MARX y ENGELS, 1846). En el modo de producción capitalista, los detentores del capital elaboran un sistema de ideas que les permitan consolidar su posición dominante frente a la clase trabajadora. Las ideas superestructurales, que se derivan de las relaciones de fuerzas económicas infraestructurales, producen un efecto retroactivo finalizado a fortalecer la posición dominante del capital. Así es como se institucionaliza a lo largo del tiempo una «ciencia» económica que, al pretender rendir cuenta de lo existente, no hace sino racionalizarlo *ex post* y, por ende, justificarlo (MARTÍNEZ, 1999).

3 La traducción de las citas de textos franceses es mía.

Marx explica que la economía vulgar se deja influenciar por las apariencias y no va más allá de ellas: se fetichizan precios e intercambios de mercancías, sin buscar qué se encuentra detrás de ellos. Porque en realidad, por debajo de este velo subyace el entramado de relaciones estructurales entre las clases sociales: relaciones de producción. De ahí que se confunda el producto del trabajo (determinación universal y común a toda sociedad) con la mercancía (determinación específica de la economía mercantil), y la unidad de cuenta (determinación universal) con el capital (forma específica que toma el dinero en la sociedad mercantil cuando ésta llega al nivel máximo de desarrollo). De ahí que la competencia perfecta, aunque sea un modelo hipotético, aparezca como la configuración ideal hacia la cual tiende «naturalmente» el mercado, cuyo carácter es supuestamente atemporal, universal, absoluto.

[El método de los economistas convencionales] procede del «sentido común» o de la intuición creada por los fenómenos superficiales, más que de las relaciones internas que se esconden tras estas apariencias, únicas que pueden suministrar la explicación científica. Al no ir más allá de las apariencias, que ellas mismas reflejan las percepciones de los agentes burgueses de la producción, la economía vulgar tiende a racionalizar y a defender los intereses de estos últimos. Su contenido, explica Marx, no es científico sino que es esencialmente ideológico y apologético (...). [La «ciencia económica»], ya se trate de su rama microeconómica o de su rama macroeconómica, está orientada esencialmente hacia el conocimiento del sistema de cara a su buen funcionamiento. En la persecución de este objetivo, los economistas desempeñan el papel de «fontaneros del sistema». En ningún momento se preguntan de dónde viene este sistema o adónde va. Éste no es visto como un momento de la evolución histórica. Se le tiene por establecido y se tiene también por establecido que está ahí para quedarse, considerando que ningún sistema superior podría sustituirlo (GILL, 2002: 73-75).

Poniendo al desnudo el fetichismo de la mercancía y la alienación del trabajo, las categorías analíticas marxianas dejan percibir, más allá de la apariencia de la circulación de los bienes, la realidad esencial de las relaciones humanas de producción. Esto permite superar los límites de la perspectiva empírica y positivista de la economía convencional: «Más allá de las apariencias y al pasar de lo constituido a lo constituyente, Marx descubre en la mercancía la existencia efectiva de hombres y de clases, y da el paso desde las descripciones positivistas hacia la dialéctica real de las relaciones humanas» (GARAUDY, 1964: 203).⁴

Pese al riesgo de ser redundante, me permito insistir sobre este punto esencial. Cuando, detrás de la pantalla opaca de la mercancía, se identifican nítidamente las relaciones de producción, que son relaciones de fuerza entre las clases del capital y del trabajo (y por tanto relaciones políticas), emerge claramente la falacia de la teoría microeconómica convencional y de toda la ideología neoliberal que de ella se desprende. El mecanicismo intemporal del mercado perfectamente competitivo supone relaciones meramente contractuales entre los agentes: hay

⁴ Los detractores de Marx le han reprochado el mismo error conceptual y metodológico que el de Fukuyama: el advenimiento de una sociedad comunista y sin clases, según ellos, sería —al igual que el triunfo de la economía de mercado para Fukuyama— la prueba de la contradicción del método dialéctico marxiano. Marx también, en suma, se habría caído en la trampa de la ilusión de que la historia llevaría la humanidad hacia una organización perfecta, ideal, sin más evolución. Para un análisis de lo equivocada y errónea que es esta interpretación del pensamiento marxiano, véanse GILL (2002: 35-38), GARAUDY (1964: 141-158) y PASSET (2000: 61).

negociaciones, pero ninguna fricción. El carácter supuestamente aséptico y no antagonista del sistema es entonces lo que le garantiza una perenne y mecánica reproducción, sin trastornos. Por el contrario, como lo subraya René Passet, la dinámica de las relaciones económicas engendra tendencialmente cierto grado de entropía, es decir, una pérdida de orden en el sistema. Es suficiente recordar, a este propósito, la tendencia de los grandes grupos multinacionales a incrementar su poder en el mercado y a fisurar los propios principios de la competencia. Esto se debe justamente a la íntima naturaleza del modo de producción capitalista, cuya lógica y razón de ser es la acumulación incesante de beneficios,⁵ la cual puede realizarse únicamente mediante un aumento constante de las cuotas de mercado y/o la reducción del coste de la fuerza de trabajo (lo que nos remite aún más explícitamente al carácter conflictivo de las relaciones entre las fuerzas productivas). Como lo volveremos a decir más adelante, la inestabilidad es consustancial al capitalismo y es lo opuesto al principio de la atemporalidad. La mecanicidad del mercado vehicula por el contrario la idea de que ahí la Historia se acaba: el sistema sigue moviéndose, pero sin atritos que puedan trastocar sus fundamentos. Un principio, éste, que se asocia intuitivamente con la presunta naturalidad de lo económico. Los medios de comunicación, en efecto, nos hablan sistemáticamente de «turbulencias» y «tempestades» económico-financieras, como si se tratara de fenómenos naturales que, como tales, no se encuentran bajo nuestro control y no pueden ser objeto de decisiones políticas.

El discurso dominante separa oportunamente lo económico de lo político fomentando la idea de que la economía es un ámbito reservado a técnicos expertos. Por ejemplo, la emisión televisiva francesa *Des paroles et des actes*, programada periódicamente en el canal público France 2, estaba estructurada inicialmente en dos secciones intitulado significativamente *Pure économie* y *Pure politique*, en las que se pretendía hablar por separado de economía y de política. Habría, en suma, una esfera de economía pura que es posible y deseable no confundir con la política (pura también)⁶. El proceso de despolitización de lo económico y su conversión en algo meramente técnico va de la mano con el principio de la reproducción indefinida y mecánica de un equilibrio general hacia el que el mercado perfectamente competitivo puede llevar la colectividad. De ahí el principio de que «no hay alternativa»: lo natural, lo mecánico, lo eterno borran lo político y sólo le dejan lugar a la gestión técnica, neutral, aséptica.

5 Las herramientas analíticas marxianas vuelven una vez más a ser muy útiles. Recordemos que el capital es la forma específica que toma el dinero en el modo de producción capitalista: «El dinero, comprometido en el movimiento del capital, no tiene otro destino que el de incrementarse continuamente so pena de dejar de funcionar como capital (...). *El capital expresa una relación social, la que pone en relación al poseedor del dinero y al poseedor de la fuerza de trabajo viva, es decir, al capitalista y al trabajador asalariado. Pero es también, y, sobre todo, un proceso, el del crecimiento renovado sin cesar del valor, la persecución ininterrumpida del enriquecimiento como fin en sí mismo*» (GILL, 2002: 197, la redonda es del autor). El capital es a la vez *relación social y proceso*. Esto es fundamental para entender que no puede haber repetición mecánica en el funcionamiento del sistema.

6 Nótese además que la «tecnicización» de la economía ha generado una jerga muy complicada – y por ello, pretendidamente científica – que la gente normal y corriente no puede entender. El sentimiento de respeto que suscitan los «expertos» induce el neófito a delegarles la toma de decisiones, que obviamente son favorables a quienes realmente detentan el poder (NAVARRO y TORRES LÓPEZ, 2012).

4. EL DISCURSO NEOLIBERAL

El funcionamiento mecánico del mercado y su atemporalidad, como se ha dicho, nos recuerdan la noción del fin de la Historia. Ya he tenido la oportunidad de proponer una reflexión acerca de la naturaleza fundamentalmente ideológica de este concepto (MARSÍ, 2010), pero vale la pena volver a detenerse brevemente sobre la relación entre esta idea y el discurso neoliberal.

El neoliberalismo puede considerarse como la forma bajo la cual se manifiesta el capitalismo en la fase actual de su incesante proceso evolutivo. Debido al conflicto insoluble que opone el capital al trabajo, el capitalismo es un modo de producción necesariamente inestable que trastorna incesantemente sus propias condiciones de existencia (BIHR, 2007). Los elementos de su superestructura — entre ellos, las instituciones sociopolíticas y jurídicas, y los sistemas de ideas— entonces se van modificando conforme a la evolución de las relaciones de fuerza entre capital y trabajo. El neoliberalismo se connota precisamente por la emergencia, a principios de los Ochenta, de un aparato ideológico que refuerza la posición dominante del capital.⁷ Se trata de un proyecto de refundación de toda la sociedad para que la lógica mercantil y empresarial llegue a permear cada esfera de la vida privada y colectiva (LAVAL y DARDOT, 2013). El sujeto neoliberal es un individuo supuestamente libre de crear, emprender y volver una y otra vez a reinventarse una identidad, una vida. El mercado —y las relaciones contractuales interpersonales que, según los nuevos criterios de la *gobernanza*, se van difundiendo para regir la comunidad— le proporcionan el estatuto de hombre libre. Un hombre emprendedor de sí mismo que, a cambio de la libertad de crear, debe aceptar, como el emprendedor, el principio del riesgo: el riesgo de fracasar y caer en desgracia, en el submundo de los no-ciudadanos, de los consumidores fallados y defectuosos (BAUMAN, 2007a). El binomio libertad-riesgo justifica entonces la precariedad laboral y el paro masivo: quien se encuentra en estas situaciones ha sido necesariamente un hombre-empresa ineficaz y es el solo responsable de su desgracia. Así es como el acto de exclusión social se convierte subrepticamente en autoexclusión, el homicidio en suicidio. Es más, se trata de un acto de justicia: el inepto y el perezoso son castigados socialmente por indolentes y se lo merecen (BAUMAN, 2007b).

5. EFECTOS IDEOLÓGICOS

En el libro arriba mencionado del sociólogo Christian Laval y del filósofo Pierre Dardot, que recomiendo vivamente, los autores explican que en realidad el *homo oeconomicus* ya no sirve para modelo en la sociedad neoliberal. El espíritu fríamente calculador del *homo oeconomicus*, que opera solamente en función de la maximización del beneficio resultante de sus acciones, no encaja con el principio del riesgo que debemos interiorizar. El hombre neoliberal no calcula sistemáticamente, sino que emprende y toma riesgos: es más bien un *homo agens*,

⁷ Durante un seminario reciente del grupo de investigación en el que trabajo, un amigo y colega señalaba con razón cómo la violencia física de las dictaduras chilena y argentina de los Setenta (al igual que la violencia física con la que el gobierno de Margaret Thatcher reprimió la huelga de los mineros británicos entre 1984 y 1985) ha sido la condición previa y el detonante para la difusión sucesiva de la ideología neoliberal.

un *homo estratégicus*. El cálculo prudente estimula a identificar los límites de un proyecto y puede inducir a no lanzarse a una empresa, mientras que la sociedad neoliberal, cuyo modelo es la finanza-casino, necesita un espíritu dispuesto a tomar riesgos.

No obstante, el sistema modélico del mercado perfectamente competitivo y el principio de la mano invisible no dejan de ser un referente y un elemento ineludible en las asignaturas de microeconomía. Siguen siendo el cimiento del edificio teórico neoliberal: competencia, productividad, mercado, contratación, gobernanza técnica, apolítica y neutra. La atemporalidad del mercado y su determinismo mecanicista desempeñan un papel crucial para neutralizar *ex ante* las reacciones potenciales anti-sistémicas, o sea, anticapitalistas. Cuando el mensaje «es así porque es así» resuena compacta y repetidamente (escuela, universidad, discurso político, medios de comunicación), acabamos convenciéndonos de que no hay alternativa, como lo afirmaba Margaret Thatcher en su época. No nos queda sino acatar, conformarnos a la norma y, mejor todavía, hacerla nuestra, convertirla en un credo.

Esto no excluye las protestas, como lo demuestran las numerosas manifestaciones contestatarias que se van produciendo en varios países europeos, pero sí afecta el potencial de reacción violenta que podría subvertir totalmente el principio mismo del capitalismo. Sí se cuestiona el modelo y cada vez son más numerosos quienes opinan que es necesario modificarlo, es cierto, pero se duda en trastornarlo radicalmente y se prefiere reformarlo desde adentro.

El determinismo mecanicista siempre ha conducido hacia el reformismo, hacia la idea de una integración progresiva y automática del socialismo dentro del capitalismo. La necesidad dialéctica revolucionaria, sin embargo, es todo lo contrario de la necesidad mecánica (...). La segunda enseña la pasividad y la resignación, la primera es portadora de energía e iniciativa histórica (GARAUDY, 1964: 144).

La proliferación de colectivos protestatarios explícitamente no violentos y pretendidamente no ideológicos, durante los últimos años, tanto en España como en Francia, es un síntoma muy claro de la evolución hacia la despolitización social (MARSÍ, 2016). En Francia, en la vigilia de la elección presidencial de 2017, es abrumador observar cuántos electores dudan entre un candidato de derecha y uno de izquierda (si es que aún podemos definirla izquierda). La confusión político-ideológica, hábilmente alimentada por los medios de comunicación, es precisamente el resultado que busca la clase dominante en la presente fase del desarrollo del capitalismo. Un resultado al que la «ciencia» económica ortodoxa aporta una contribución esencial.

El que la economía pueda ser neutral y apolítica, como lo pretende su enfoque positivista, no es sino un espejismo. Como lo afirma el antropólogo francés Patrick Gaboriau, en una publicación que merecería ser traducida a otros idiomas, la actividad de estudio e investigación es un acto eminentemente político: el hecho mismo de elegir un objeto de investigación es en sí el efecto de una actitud política. El estudioso y el científico no están en una posición *super partes*, sino que participan activamente en la concepción y la percepción del mundo y, por tanto, en su modo de funcionar (GABORIAU, 2008).

Felizmente, ahí están filósofos y sociólogos clarividentes para recordárnoslo, así como numerosos economistas heterodoxos e inspirados. No sólo el arriba

mencionado René Passet, profesor emérito de la *Université Paris I Panthéon Sorbonne* y primer presidente del consejo científico de ATTAC, sino también muchos otros: por ejemplo, el colectivo francés de los *Economistes atterrés* (entre ellos, Frédéric Lordon, Christophe Ramaux, Michel Husson, Thomas Coutrot, Dominique Plihon) o bien los economistas españoles Vicenç Navarro y Juan Torres López. La lectura de sus publicaciones es fundamental para darse cuenta de las trampas ideológicas que tiende el discurso económico convencional.

Si la investigación es un acto político, también lo es la docencia, quizás aún más. Por ello, me permito terminar este artículo lanzando un llamamiento a cuantos, como yo, tienen la delicada responsabilidad, pero también el gran privilegio, de educar las nuevas generaciones. Ante la vulgata neoliberal, que lamentablemente va colonizando las prácticas y los programas didácticos universitarios, aprovechemos los márgenes de libertad que aún nos quedan para despertar el sentido crítico de nuestro alumnado y desarrollar su pensamiento dialéctico.

6. BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Z. (2007a): *Vida de consumo*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid.
- BAUMAN, Z. (2007b): *Homo consumens. Lo sciame inquieto dei consumatori e la miseria degli esclusi*, Erickson, Gardolo.
- BIHR, A. (2007): *La novlangue néolibérale. La rhétorique du fétichisme capitaliste*, Editions Page deux, Lausanne.
- GABORIAU, P. (2008): *Le chercheur et la politique*, Editions Aux lieux d'être, Montreuil.
- LAVAL, C. ; DARDOT, P. (2013): *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Gedisa, Barcelona.
- GARAUDY, R. (1964): *Karl Marx*, Editions Seghers, Paris.
- GILL, L. (2002), *Límites y fundamentos del capitalismo*, Editorial Trotta, Madrid.
- Mansfield, E. (1975): *Microeconomics. Theory and Applications*, W. W. Norton & Company, New York.
- MARSI, L. (2010): «Después del derrumbe del muro de Berlín, ¿el fin de la Historia? Principios y criterios del neoliberalismo», *Revista de Historia Actual* 8: 153-165.
- MARSI, L. (2016): «Nuevas formas del militanteísmo en la época neoliberal», *Revista de Historia Actual Online* 39 (1): 143-152.
- MARTÍNEZ, O. (1999): *Neoliberalismo en crisis*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- MARX, K. (1873): *El Capital*, Epílogo al Libro I, 2ª edición alemana.
- MARX, K.; ENGELS, F. (1846): *La ideología alemana, 1, Feuerbach. Contraposición entre la concepción materialista y la idealista*, (Introducción), 5ª edición (1974), Coedición Ed. Pueblos Unidos, Montevideo y Ed. Grijalbo, Barcelona.
- NAVARRO, V. ; TORRES LÓPEZ, J. (2012): *Los amos del mundo. Las armas del terrorismo financiero*, Espasa Libros, Barcelona.
- PARKIN, M., POWELL, M. ; MATTHEWS, K. (1997): *Economics*, Addison Wesley Longman Limited, Harlow.
- PASSET, R. (2000): *L'illusion néo-libérale*, Fayard, Paris.
- SAMUELSON, P. (1980): *Economics*, McGraw Hill, New York.
- SAMUELSON, P. ; NORDHAUS, W. (2005): *Economía*, 18ª edición, McGraw Hill, México.